

Una nana para un loco

∞Nuria García Font∞

∞Ocho fascinantes relatos escritos
por la autora de *La leyenda de
Covadonga*∞

Una nana para un loco

∞Nuria García Font∞

© Nuria García Font, 2013
www.nuriagarciafont.es
Foto de la portada: webdesignhot©
<http://www.freepik.es/>
Diseño de portada: Nuria García Font
Registrado en Safe Creative.

Una nana para un loco por Nuria García Font se encuentra bajo una licencia **Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 3.0 Unported**

La partida de ajedrez

Con una sonrisa imborrable en su cara, Jesús fue abrazando uno a uno a sus amigos del instituto. Después de casi diez años por fin habían logrado reunirse todos. El lugar de reunión había sido la casa del propio Jesús y la razón, una cena que ninguno de ellos quería perderse.

El hombre miró a sus amigos sin poder creerse aún cómo habían cambiado: Ana y Manuel llevaban viviendo juntos desde que finalizaron la carrera de periodismo, Ignacio había dedicado su vida y sus conocimientos al campo de la informática, Teresa era maestra en un colegio bilingüe y Santiago se había convertido en uno de los mejores jugadores de ajedrez del mundo.

Cenaron y charlaron animadamente sobre el pasado, riendo al recordar las anécdotas vividas en el instituto. El único que no parecía especialmente atento a la conversación era Santiago, que miraba a los demás sin decir una palabra.

Una vez finalizada la cena fueron todos al salón para tomar el café. Ignacio se acercó entonces a Santiago y le palmeó el brazo con afecto.

—¿Listo para que te machaque al ajedrez?— le preguntó.

Santiago sonrió a modo de respuesta y ocupó una silla situada al lado de una pequeña mesa.

—¿Pero ahora os vais a poner con eso?— se quejó Teresa.

—Vamos, Tere —dijo Manuel—. No todos los días podemos ver en vivo y en directo a Santi vapuleando a Nacho.

—Bobadas —aseguró Ignacio—. Va a perder.

Santiago amplió su sonrisa.

—Ya veremos.

Jesús les proporcionó un pequeño ajedrez, que guardaba en un armario y que jamás había estrenado, y mientras jugaban su partida se sentó con los demás a beber el café tranquilamente.

—Bueno, ¿quién gana? —preguntó al cabo de un rato mirando a los dos jugadores.

Ignacio mostraba un gesto de máxima concentración y esfuerzo, mientras que Santiago era lo opuesto: con los ojos entrecerrados permanecía apoyado sobre el respaldo de la silla.

—Os diré quién gana —dijo el ajedrecista—. Gana quien logre adivinar la respuesta a un acertijo. Es bastante complejo, pero creo que os gustará.

—Creí que lo tuyo era el ajedrez, Santi —bromeó Manuel—. Además, estábamos manteniendo una conversación bastante interesante.

—¿Seguro? —los ojos azules de Santiago se clavaron en los castaños de Manuel—. Yo diría más bien que os estabais aburriendo.

—A mí me gustan los acertijos —exclamó Ana—. Plantéalo, venga.

—Muy bien. Dice así: un policía llega a la casa de un hombre y le comunica que su esposa ha sido asesinada esa misma noche. Al exigirle una coartada el hombre le informa de que ha pasado la noche jugando al ajedrez y le muestra el tablero como prueba. Nada más mirarlo, el policía sabe que ha mentido.

—¿Ya está? —preguntó Teresa.

—Sí. Ahora os toca hacer preguntas, pero recordad que solo podré responder “sí”, “no” o “irrelevante”.

Santiago hizo avanzar su caballo y de esta forma comenzó la resolución del misterio.

—Está bien —comenzó Ana, en cuyos ojos brillaba la ilusión por enfrentarse a aquello—. ¿El hombre realmente estuvo jugando al ajedrez?

—Sí.

—¿Y sabía jugar bien? —inquirió Manuel.

—Sí.

—¿Conocía al policía? —preguntó Jesús.

—No.

Ignacio descargó entonces el puño sobre su pierna al ver cómo la torre de Santiago se comía a su alfil.

—¿Jugó él solo? —volvió a preguntar Manuel.

—No.

—¿Contra un ordenador? —insistió el hombre.

—No.

—¿Contra una persona real? —preguntó Ana.

—Sí.

—¿Jugaron cara a cara? —inquirió Jesús.

—No.

—¿Por Internet? —preguntó Ana.

—No. Teresa, ¿tú no juegas?

—No me gustan estas cosas —respondió ella sirviéndose más café—.

Casi me entretiene más veros jugar la partida, aunque creo que Ignacio comienza a desesperarse.

—¿Jugaron por teléfono? —continuó Manuel.

—Sí.

Aquella pregunta hizo que en la mente de Jesús se iluminase una idea. Aquello le sonaba de algo, pero no sabía de qué.

—No sabía que podían jugarse partidas por teléfono —se sorprendió Ana—. ¿El policía lo sabía?

—Sí.

—¿Porque conocía al adversario? —insistió ella.

—No.

—Aquí nadie conoce a nadie —rió Manuel—. Bueno, entonces tenemos a un ajedrecista que jugaba una partida por telef...

—¿Era ajedrecista profesional? —le cortó Jesús de pronto.

—Sí.

—¿Y era un buen jugador? —volvió a preguntar ignorando el gesto de protesta de Manuel.

—Sí —Santiago movió a la reina—, el mejor.

—¿Había matado realmente a su mujer? —preguntó Ana.

—Sí.

—Eso se sobreentendía, cariño —comentó Manuel.

—No está de más corroborar —se defendió ella.

—¿Es importante saber por qué la mató? —preguntó de pronto Teresa.

—Creí que no querías jugar- dijo Ignacio levantando por fin la mirada del tablero.

—Se está alargando demasiado —bromeó ella.

—Sí, es importante.

—¿Por dinero? —preguntó Manuel.

—No.

—¿Por celos? —inquirió Jesús.

—Sí.

—¿La mujer tenía un amante? —reguntó Teresa.

—Sí.

—No era tonta, ¿eh? —se carcajeó Ana.

—Hombre, imagínate que estuvieses casada con un hombre que no está casi nunca en casa, lo normal es echarse un amigo —rió Teresa.

Jesús vio entonces como, bajo la mesa, Santiago apretaba tanto el puño que los nudillos palidecieron. Su cara, en cambio, se mostraba impassible.

—¿El hombre jugaba por un teléfono móvil?—inquirió Manuel.

—Sí.

Se hizo el silencio. Cada uno reflexionaba sobre la información de la que disponían.

—Resumiendo, y esta vez no me interrumpas, Jesús, tenemos a un ajedrecista profesional que mató a su mujer por tener un amante. Jugaba una partida por teléfono y cuando el policía miró el tablero supo que había mentido. ¿Fue por algo en las piezas?

—Sí.

—¿Estaban deterioradas? —preguntó Ana.

—No.

—¿Eran de algún material extraño? —inquirió Teresa.

—Irrelevante.

—Era su disposición en el tablero —dijo Jesús. No era una pregunta.

—Sí.

—¿Era incorrecta? —preguntó Manuel.

—No —respondió Santiago retirando el segundo alfil de Ignacio del tablero.

—¿Era extraña? —insistió él.

—Sí.

—¿Porque mostraba alguna jugada poco común? —preguntó Teresa.

Santiago la miró.

—No hay jugadas comunes en el ajedrez, Teresa. Cada combinación es única.

—¿El policía sabía jugar al ajedrez? —preguntó Ana.

—No.

—¿No? ¿Y aún así supo que algo fallaba? —preguntó Manuel, desconcertado.

—Sí.

—¿El policía habló con el adversario? —inquirió Ana.

—Sí.

—¿El adversario corroboró la coartada? —preguntó Teresa.

—Sí.

—¿El adversario era un buen jugador de ajedrez? —preguntó Jesús.

—No.

—¿Era aprendiz? —inquirió Teresa.

—Sí.

—¿El hombre era su maestro? —pregunto Manuel.

—Irrelevante.

—¿El policía fue a la casa del adversario? —preguntó Ana.

—Sí.

—¿Y vio el tablero? —volvió a preguntar.

—No.

Jesús se dio cuenta de que poco a poco, en aquel juego tan simple, las bromas y los comentarios estaban desapareciendo para dar paso únicamente al ansia por dar con la solución. Incluso Ana y Teresa permanecían sentadas en el borde del sofá, inclinadas hacia Santiago como si la proximidad les fuese a entregar la respuesta.

—Pero vio algo relacionado con la partida —afirmó Manuel.

—Sí.

—¿Una grabación? —inquirió Teresa.

—No.

—¿Una fotografía? —preguntó Ana.

—No.

—¿Una nota? —insistió la chica que parecía a punto de levantarse del sofá.

—Sí.

—¿Una nota con los movimientos apuntados? —pregunto Jesús.

—Sí.

—Y esos movimientos no se correspondían con los del tablero del ajedrecista —dijo Ana.

—No.

—¿Por un error de ajedrecista? —pregunto Manuel.

—Sí.

—¿Se saltó una jugada? —inquirió Jesús.

—Sí.

—Porque seguía jugando por teléfono cuando fue a matar a su mujer y se le olvidó aquel movimiento —dijo el hombre.

—Sí —Santiago miró a Jesús con una media sonrisa dibujada en los labios.

—Ya está, ¿no? —preguntó Manuel—. Ha ganado Jesús.

—No —Santiago se puso en pie y fue hacia la ventana. Fijó sus ojos azules en las luces parpadeantes de la ciudad y cruzó las manos en su espalda—. He ganado yo. Siempre gano.

—Tú... —a Jesús le temblaba la voz—. Tú eres el ajedrecista de la historia, ¿no es así?

—¿Qué?! —exclamaron todos a la vez.

—Leí algo en los periódicos —continuó el chico—. Te acusaron, ¿no es verdad?

—No pudieron demostrar nada —susurró Santiago—. Os acabo de confesar mi mayor secreto incluyendo el error que por poco me lleva a la cárcel. Aquella vez me pillaron, pero esta vez... esta vez será diferente

Se volvió hacia las caras pálidas de sus amigos. Se acercó al tablero y movió a la reina.

—Jaque mate.

Con cariño, Amanda

Querido Tom:

Hacía tiempo que quería escribirte, pero, quién sabe si por pereza o por falta de tiempo, no me he animado a hacerlo hasta ahora. Sabes que nunca fui muy aficionada a escribir. Siempre he preferido decir las cosas a la cara, aunque contigo no era posible.

Las cosas me van bien. He encontrado un trabajo y he alquilado un piso pequeño cerca del centro. Es precioso, lo que he soñado toda mi vida.

De camino al trabajo paso delante del pequeño café al que solíamos ir cuando éramos novios. ¿Recuerdas lo felices que éramos entonces? A mí me encantaba pedir chocolate con churros y tú solías decirme que conseguiría ponerme como una foca. En aquella época todo me parecía maravilloso. Más tarde comenzó a deteriorarse. No sé si fue culpa mía ni qué acto tan terrible cometí para que empezaras a insultarme.

Al principio no le daba importancia. Sólo lo hacías de vez en cuando y me obligaba a pensar que era lo normal. ¿Qué ocurrió para que las palabras se convirtieran en golpes? La primera vez que me amorataste un ojo yo no quería salir a la calle. Caminaba con la cabeza agachada y contestaba a quien me preguntaba que me había golpeado sin querer. Recuerdo la vergüenza y las miradas de compasión que me dirigían mis conocidos.

Cuando me llenaste los brazos con las marcas de tu cinturón decidí no salir más con mis amigas. Era verano y yo no me atrevía a mostrar mi piel desnuda. Inventaba toda clase de excusas. Hubiese sido feliz de poder salir y huir de tu compañía, pero estaba atrapada en aquella casa que para mí hacía tiempo que había dejado de ser mi hogar.

Muchas veces me planteé abandonarte, pero temía las consecuencias. Cada vez que me mirabas tus ojos estaban cargados de desprecio y tu boca, de comentarios hirientes. Conseguiste que mi familia dejase de visitarnos. Me aislaste de todos los que quería, pero para ti no era suficiente.

¿Recuerdas la vez que vino aquel muchacho tan simpático a tratar de venderme una aspiradora espantosa? Los celos te dominaron y la única manera que encontraste de calmarte fue golpearme hasta que caí inconsciente. Después, muy amablemente, conseguiste que volviera en mí metiéndome la cabeza en un cubo de agua helada.

A partir de ese día esperé pacientemente hasta que me dejaste sola el tiempo suficiente. Entonces fui a la farmacia y me hice con toda clase de medicamentos. La farmacéutica parecía reacia a venderme tantas cajas de pastillas y sólo aceptó que me llevase una parte. No me importó. Visité varias farmacias hasta que conseguí la cantidad que necesitaba.

Volví a casa dispuesta a acabar de una vez con aquella tortura. Mi único anhelo era que yo ya no estuviese aquí cuando tú llegases. Lo preparé todo, pero antes de empezar a tragar aquel veneno, me fijé en la fotografía de nuestra boda que colgaba de la pared.

Vi nuestros rostros sonrientes. En aquella imagen, tú me mirabas con cariño. ¿Qué hice para que dejases de mirarme así? Había dedicado todo este tiempo a hacerte feliz, pero, ¿qué pasaba con mi propia felicidad? En la fotografía estábamos rodeados de nuestros familiares. Yo echaba mucho de menos a mi familia. Mi madre me llamaba todos los días, pero tú me tenías prohibido hablar con ella.

Así llegué a la conclusión de que yo también merecía un poco de aquella felicidad y que tú no tenías ningún derecho a hacerme sentir como si no valiese nada.

Ese día volviste de trabajar y yo te serví la cena. Te quejaste de que estaba caliente y me llamaste "cerda estúpida". No me importó, de pronto me había hecho inmune a tus insultos.

Esperé hasta que te quedaste dormido. Entonces cogí el cuchillo más grande que encontré y lo hundí en tu repugnante cuerpo una y otra vez hasta que dejaste de temblar. La sangre empapaba el colchón, pero un odio ciego se había apoderado de mí y no me detuve hasta que caí exhausta.

Sin inmutarme, limpié todo rastro que pudiese delatarme, hice la maleta y me fui a casa de mis padres.

Mi madre lloró mucho cuando me vio, ¿sabes? Y lloró aún más al ver los golpes que marcaban mi cuerpo. Les conté lo que había ocurrido exactamente, que fue lo mismo que le dije a la policía: tras años de aguantar los malos tratos de mi marido, había decidido abandonarlo.

Sé que fue difícil creer mi historia. Era más que evidente que había sido yo quien te había matado, pero no había pruebas así que quedé libre.

He pensado mucho en eso en este tiempo, incluso admito que he tratado de arrepentirme, pero no lo he conseguido. Quizá porque en el momento en que te arrancaba la vida con mis propias manos fui consciente de que, por primera vez, estaba haciendo lo correcto.

No deseo tu perdón ni escribo esto para redimirme. Lo hago porque deseo acabar con esa etapa de mi vida y ésta era la última pieza que me faltaba por colocar. No sé si me odias, pero espero que sepas que no te guardo rencor. Para mí no eres más que una mala experiencia y aunque todavía tengo pesadillas con tu paliza, confío en que al escribir estas líneas, no vuelva a soñar contigo.

Fue muy duro para mí ir contando a los que me conocían la tortura a la que me sometías cada día. Me avergonzaba admitir que había aguantado aquello durante tanto tiempo. Más adelante llegué a la conclusión de que eres tú quien debes sentirte avergonzado por valerte cobardemente de tu fuerza.

La libertad de la mente

Casimiro contempló todo lo que le rodeaba con el rostro desencajado.

Los edificios se habían convertido en ruinas que bloqueaban las grandes avenidas. Las farolas y los postes habían caído como árboles muertos. Por doquier se extendían cristales, adoquines y demás fragmentos de objetos que difícilmente se podían asociar con lo que fueron antaño.

Casimiro anduvo entre aquellas montañas de escombros sin entender lo que había ocurrido. De pronto el barullo de las calles había cesado, los pitidos de los coches se habían silenciado, el viento helado se había cortado de golpe y la luz del sol se había extinguido.

Ahora todo era gris. Casimiro contempló sus manos y las halló también grises y muertas. Tomó aire. Un aire vacío, carente del oxígeno que necesitaba.

¿Cómo podía seguir viviendo entonces?

Alzó las manos hacia su cabeza y tocó su pelo. Anteriormente había sido suave y sedoso pero ahora era seco y lacio. El tacto era similar al de las cerdas de las escobas.

De pronto le entró el pánico. No se debía únicamente al desastre que le rodeaba ni al hecho de que todo lo que antes era luz ahora fuese sombra.

Era porque estaba solo.

Intentó gritar para poder llamar a alguien, pero la voz había muerto en su garganta. Quiso efectuar cualquier tipo de sonido, pero no logró oír nada. Temió haberse quedado sordo, pero comprobó que ese no era el único sentido que le fallaba. No era capaz de oler nada. La atmósfera había perdido todo el aroma que tuviera antes. Comenzó a respirar agitadamente con absoluta desesperación.

¿Qué estaba pasando?

Sin poder controlarlo, echó a correr. En su mente se dibujaba el recuerdo de cómo sonaban sus pies cuando chocaban contra el suelo y de cómo sus pulmones se inflaban y desinflaban rítmicamente cuando iba aumentando la

velocidad. Pero solo le quedaba el recuerdo porque todos los sonidos habían dejado de existir.

El resto de la ciudad tenía el mismo aspecto. Todo gris, todo derruido, todo solitario. Cayó de rodillas notando como las lágrimas asomaban a sus ojos, pero de ahí no pasaron. Tocó sus mejillas en busca de las pequeñas gotas de agua que debían estar deslizándose por ellas, pero no halló nada. Arañó su piel con impotencia como si así fuese a conseguir que las lágrimas brotasen.

Intentó serenarse, si entraba en estado de pánico no lograría nada. Se puso en pie e intentó hacer memoria del desencadenante de todo aquello. No recordaba nada; todo había estado bien y al instante siguiente se había transformado en polvo.

Lo primero que le vino a la cabeza es la posibilidad de que hubiese estallado una bomba, pero no recordó haber oído o sentido la explosión y, desde luego, de ser así él no habría sobrevivido. Además, un incidente de esa magnitud habría dejado víctimas, pero allí no había nada ni remotamente parecido a un ser humano.

Eso también descartaba la idea de que hubiese sido una explosión nuclear.

Miró hacia el cielo y comprobó que era gris, como todo lo demás, como él mismo.

Aquello parecía una historieta sacada de un periódico.

Paseó por lo que antes fueron calles con las manos enfundadas en los bolsillos. El hecho de que no pudiese hablar le estaba volviendo loco. Ahora sólo su mente era su compañera.

No quiso pensar en lo que ocurriría más tarde. ¿Qué pasaría cuando necesitase comida o agua? El mundo se había convertido en una pila inservible de basura. No sabía dónde podría encontrar algo que le fuese útil.

Iba sumido en aquellos pensamientos cuando, de pronto, comenzó a pensar en el parque que, antes del incidente, estaba no muy lejos de allí. Quizá ahí hubiese agua, o alimento... o alguien.

Esa idea le hizo sentir un minúsculo rayo de esperanza rozando su corazón. Caminó más deprisa, ansioso por llegar. Los escombros se hicieron sombras a su alrededor. Ahora tenía una meta: debía llegar al parque.

Cuando alcanzó las altas puertas de hierro que rodeaban su objetivo el corazón le latía apresuradamente, pero era algo extraño. Era como si su corazón bombease aire en vez de sangre. Intrigado acercó la mano a un trozo de cristal que había en el suelo y se hizo un corte con él, un corte que no sintió. La sangre no manó.

Acercó la mano a su rostro, examinándola. Ahí se veía el corte, perfecto, preciso.

Y ni gota de sangre.

La boca se le secó, aunque se dio cuenta de que ya la tenía seca desde hacía bastante. Negó con la cabeza con desesperación y se internó en el parque.

Lo que vio hizo que sintiese ganas de morir. Todo era igual que lo de fuera, gris y muerto. Las plantas estaban lacias y secas. Las flores, antes brillantes y aromáticas, habían perdido todo el color y el perfume y ahora abrían sus mortecinos pétalos a las sombras.

Casimiro se aproximó a ellas y tomó una entre sus manos. La flor se hizo polvo entre sus dedos y se deslizó hasta el suelo donde quedó reducida a nada.

Se sentó en lo que una vez fue hierba y valoró sus opciones. Lo más sensato, le pareció, era matarse, pero, ¿cómo iba a hacerlo? Cortarse las venas no serviría de nada porque no había sangre en su cuerpo. Lanzarse desde la montaña de escombros más alta que encontrase tampoco funcionaría porque aunque fuese capaz de romper sus huesos, no lo sentiría. No podía morir.

Eso le hizo pensar en que quizá él ya estuviese muerto y no era consciente de ello, pero no recordó haber muerto ni que le hubiese ocurrido nada previamente a lo acaecido.

Si aquello era la muerte, resultaba de lo más espantosa. Casimiro no creía en la idea de un paraíso tras la muerte, ni tampoco en las rugientes llamas del infierno, ni siquiera creía en que hubiese algo más allá de la vida. Llegó a la

conclusión de que eso no podía ser la muerte ya que aun era capaz de sentir dolor, tristeza, alegría, soledad y lo más importante, esperanza.

Basándose en las pocas películas que había visto sobre cosas relacionadas con la muerte pensó en que los muertos, o bien eran muy felices en el cielo, o bien vagaban tristes, desesperanzados, molestando a los vivos.

Allí no había vivos, no había nadie. Además, sentía los latidos de su corazón y notaba el pulso en sus muñecas. Respiraba, tragaba, hacía todo lo que una vez hizo en vida salvo oír, oler, hablar, sangrar y llorar.

No, definitivamente aquello no era la muerte, pero, sin duda, era mucho peor.

De pronto algo atrajo su atención. Algo que descansaba sobre un banco caído. Resaltaba entre todo aquello tan gris y oscuro.

Un libro.

Casimiro se acercó y lo cogió. Era un ejemplar bastante antiguo de una recopilación de cuentos infantiles. Probablemente algún niño lo habría dejado allí antes del desastre. Lo hojeó mientras leía los títulos de los cuentos y, poco a poco, una idea comenzó a abrirse paso en su mente.

Aquel libro le recordaba a su infancia. ¿Seguro? Casimiro trató de hacer memoria sobre algo que hubiese vivido en su niñez, pero fue inútil, no recordaba nada. Intentando no asustarse buscó algún recuerdo de su juventud y halló algunas imágenes, pero era extraño. Las cosas que iba visualizando no tenían ningún tipo de conexión entre sí y algunas, incluso, parecían sucederse de manera simultánea.

¿Y su futuro? Antes de todo aquello él tenía planes, sí, pero ¿cuáles? Se dio cuenta de que sus días eran siempre iguales: iba y venía porque de alguna forma sabía que eso era lo que tenía que hacer, pero nunca se había preguntado por qué. No, él no imaginaba cosas que haría más adelante, hacía lo que sabía que tenía que hacer en cada momento, como si fuese un autómata.

Como si alguien lo decidiese por él.

Ni su vida, ni sus acciones, ni sus ideas eran suyas. Alguien había establecido que aquello debía ser así.

Bajó la mirada hacia el libro que aún sostenía en sus manos y se dio cuenta de que él no era muy diferente a aquellos personajes que actuaban en los cuentos tal y como su autor lo había decidido.

Su autor. Su creador.

¿Cómo había podido estar tan ciego? Aquel parque, todo lo que había a su alrededor, incluso él mismo eran creación de una mente que había podido inventarse un mundo, llenarlo de vida... y olvidarlo.

Y ahora como consecuencia de aquel olvido todo había desaparecido, todo menos él. Pero eso no era lo más escalofriante porque, ¿qué pasaría si su creador no volvía a recordarle?

Viéndote dormir

Cuando abro los ojos veo que está amaneciendo.

Bostezo perezosamente y me estiro para terminar de despertarme. Tras asegurarme de que la claridad que entra por la ventana procede realmente del amanecer y no de las luces de la calle, me levanto y voy a tu habitación.

Estás profundamente dormida y no me oyes entrar. Me siento a tu lado y te observo sin hacer ningún ruido. Duermes abrazada fuertemente a la almohada, como si temieses que pudiese escaparse. Solo distingo tu cabeza y tus brazos porque el resto de tu cuerpo está cubierto por tres mantas. Nunca he entendido cómo puedes pasar tanto frío por las noches. A mí, en cambio, nunca me ha hecho falta ni una simple sábana.

Me hace muy feliz verte así. Me gustaría que te despertases y que me vieres para darme los buenos días, pero es temprano para ti. Anoche te fuiste a dormir tarde porque querías ver una película. Lo sé porque yo estaba contigo, dormitando a tu lado.

Podría acercarme y despertarte y sé que no te enfadarías, pero lo más probable es que trataras de que te dejase en paz para dormir un poco más. Debo tener paciencia, pero me cuesta. Desde que me levanto solo anhelo aprovechar cada minuto del tiempo que permanezco en pie, a ser posible, contigo.

Lamentablemente, no estás mucho en casa. Tienes una vida muy ocupada. Te vas temprano y con prisa y sueles volver tarde y muy cansada. No tienes demasiado tiempo para mí, pero no me importa. Me conformo con esos minutos que siempre me dedicas en los que me siento el ser más unido a ti.

Haces un pequeño ruidito y te das la vuelta. Sueles hablar en sueños. Las primeras veces que lo hiciste me asusté y te desperté varias veces. Tú no comprendías por qué me empeñaba en despertarte todas las noches, pero nunca me regañaste por ello. Siempre tenías una palabra amable que dedicarme antes de volverte a dormir.

Recuerdo cuando nos conocimos. Creo que nos comprendimos al instante y estoy segura de que nunca se ha forjado una amistad más fuerte entre dos seres. Me llevaste a tu casa y me mostraste todas las maravillas que el mundo me ofrecía.

Gracias a ti he podido viajar, probar manjares que jamás hubiese pensado que existiesen, hacer amigos de lo más variopintos... Me has dado una vida maravillosa y yo te lo agradezco tanto que siempre que te veo trato de cubrirte de besos y caricias.

El sol empieza a brillar y a colarse por tu ventana. Me encantaría poder acercarme a correr las cortinas para que no te moleste, pero no puedo. De todas formas, dudo que eso pueda despertarte. Adoras dormir, como yo. Siempre bromeas con el hecho de que paso mucho tiempo dormida y a veces te muestras preocupada por si dedico tanto tiempo a dormir por aburrimiento. No es así, te lo prometo. Solamente deseo descansar para poder estar mucho más activa cuando esté contigo.

Ahora la luz inunda la habitación. Cada vez me cuesta más permanecer sentada sin hacer nada. No sé qué hora es. Para ti las horas son muy importantes. Necesitas medir el tiempo como si así pudieses controlarlo. Nunca lo he comprendido. Siempre he pensado que hay que vivir y aprovechar todo el tiempo del que dispones porque es absurdo tratar de limitarlo. No se puede, pero tú eres obstinada y te empeñas en mirar los relojes que tienes por la casa, buscando un minuto más que te haga no llegar tarde.

Giro la cabeza y veo la ropa en tu silla. Como siempre, demasiada ropa. ¿Por qué necesitas ir diferente cada día? A mí, personalmente, no me importa tu aspecto. Lo que valoro de ti es tu alma y ésta pocas veces se corresponde con la apariencia física. Yo siempre visto igual, pero es que mi traje es perfecto. Gracias a él no paso frío en invierno ni calor en verano. Parece que tú todavía no has encontrado algo así y sigues poniéndote diferente ropa todos los días tratando de encontrar la prenda perfecta.

Hasta ahora, no lo has conseguido. Siempre vuelves a casa tiritando de frío o sudando de calor. A veces pienso que deberías hacer desaparecer toda esa ropa que no es capaz de mantenerte caliente o de evitarte el calor.

Vuelves a moverte, pero te niegas a abrir los ojos. Quiero que te despiertes ya. El día está precioso y hay mucho por hacer. Nos espera mucha diversión más allá de las paredes de esta casa. Me acerco con sigilo y pego mi nariz a la tuya con cuidado de no rozarte. Siempre dices que tengo la nariz helada y cuando te rozo con ella sueles sobresaltarte.

Ahora que estás tan cerca siento tu olor. Es ese olor lo que más quiero en esta vida. Siempre que lo percibo me siento a salvo y cuidada. No me gusta cuando tratas de camuflarlo con colonias y jabón, aunque nunca podré convencerte de que dejes de hacerlo.

De pronto oigo un pitido muy molesto. Es tu despertador que nunca siente reparos en arrancarte del mejor de los sueños. Murmuras algo que no entiendo y tratas de apagarlo sin abrir los ojos. Ya estás despierta y ahora no tengo límites. Me subo a la cama llena de felicidad y reparto besos por tu cara y tus brazos.

Tratas de apartarme un poco, pero en inútil, estoy mucho más despierta que tú y puedo esquivarte sin problemas.

Finalmente abres los ojos y me miras. Me sonrías con cariño y me acaricias la cabeza. Yo te correspondo con unos cuantos besos más por toda la cara.

-Buenos días, preciosa- me dices con vos somnolienta sin dejar de rascarme las orejas-. ¿Cómo has dormido?

Yo jadeo y suelto un ladrido que te hace reír y abrazarme.

-¿Eso ha sido un "bien"? Yo también, pero sigo con sueño. Tú pareces muy despierta, ¿qué has estado haciendo?

"Viéndote dormir" pienso mientras me acurruco entre tus brazos sintiéndome la perra más feliz del mundo.

El reloj

Un reloj.

¿Qué clase de regalo de empresa era ese? Y más de una empresa como la suya, cuyo presupuesto apenas llegaba para cambiar los ordenadores estropeados. ¿Qué se les había pasado por la cabeza para malgastar esa cantidad de dinero?

Estas eran algunas de las preguntas que se planteaba mientras observaba el esfuerzo de los operarios por buscar una ubicación a aquel enorme reloj de pie. Cuando lograron encajarlo en un rincón se pusieron manos a la obra para ponerlo en marcha.

—Este reloj tiene un carrillón —le informó uno de ellos agitando el manual de instrucciones como si desease enfatizar sus palabras—. Sonará cada cuarto de hora y luego dará las campanadas marcando la hora.

“Estupendo” pensó “a ver quién va a poder dormir con este trasto sonando cada quince minutos”.

—¿Ve estas pesas? —siguió explicando el buen hombre—. Cada cierto tiempo tendrá que tirar de estas cadenas para que el reloj siga dando las horas.

Como una afirmación de lo dicho, el reloj comenzó a sonar indicando que eran las cinco y cuarto. La pesa descendió un poco.

—Creo que lo he entendido todo. Gracias por su ayuda.

Los operarios se marcharon dejando el suelo cubierto por los cientos de plásticos de burbujas que envolvían el regalito. Los recogió mascullando una maldición y después buscó un lugar para guardar la enorme caja de cartón por si hacía falta devolverlo.

Tras dirigirle una última mirada de disgusto se fue a su despacho a corregir exámenes. No esperaba poder darles las notas a sus alumnos al día siguiente, pero no podía retrasar más la tarea.

Se sentó en su escritorio y cogió el primero de un montón que daba vértigo mirar. Tras ajustarse las gafas sobre el puente de la nariz y coger su bolígrafo rojo, empezó a corregir.

Al cabo de un rato, que se le hizo muy corto, el reloj empezó a marcar con sonoras campanadas que ya eran las seis.

—No es posible —comentó mientras miraba su reloj de pulsera.

¿Ya habían transcurrido tres cuartos de hora? A veces le sorprendía lo rápido que pasaba el tiempo. Volvió a aplicarse a su labor hasta que el reloj marcó las seis y cuarto.

—Este reloj está estropeado —afirmó, pero un nuevo vistazo a su muñeca le hizo comprender que, otra vez, se había equivocado.

Puso el bolígrafo sobre el folio para poner la nota y seguir con la siguiente pregunta, pero, sin poder evitarlo, su mente dejó de estar atenta al examen para aguardar a que el reloj sonase de nuevo. Cuando lo hizo, dejó el bolígrafo en la mesa y permaneció en aquella posición escuchando como el carrillón seguía sonando cada cuarto de hora hasta dar las siete.

Entonces se puso en pie y fue hacia donde estaba el reloj. Se quedó frente a él y observó atentamente cómo el péndulo se balanceaba rítmicamente de un lado a otro y cómo las agujas danzaban por la esfera marcando un suave “tac-tac”.

¿Cómo podía ser posible que el tiempo pasase tan deprisa? Nunca le había preocupado hasta que no había tenido aquel dichoso aparato recordándose.

A las ocho exactamente se dispuso a preparar su cena. Permanecía en un silencio sepulcral solo roto por aquel hipnótico “tac-tac”. Para cenar se puso la televisión con la firme idea de olvidarse por un momento del reloj y centrarse en otra cosa. Conectó el canal de informativos y se esforzó por atender a las noticias.

En una de ellas salía un reportaje sobre una residencia geriátrica que estaba a punto de ser derruida. El reportero entrevistaba a algunos de los ancianos que permanecían en la puerta de lo que ahora era su casa.

“¿Cuánto me faltará para estar así?” se preguntó sin apartar los ojos de aquellas manos arrugadas y de las mejillas cubiertas de manchas. Como un eco de su preocupación, el carrillón sonó indicando que ya eran las nueve.

“Ha pasado una hora de mi vida en la que no he hecho nada” pensó, mientras alternaba la mirada entre la cena que no había terminado de comer y el informativo al que apenas había prestado atención.

Esa noche se acostaría temprano. Necesitaba descansar y vaciar su mente de aquellas ideas. Se puso el pijama y fue a lavarse los dientes. Entonces el reloj marcó las nueve y cuarto.

¿Por qué el tiempo pasaba tan deprisa? Terminó de lavarse la boca con tanta fuerza que se hizo daño y después se metió en la cama. Se tapó hasta la nariz y cerró los ojos con fuerza con el firme propósito de dormirse.

Poco a poco se hizo el silencio y a sus oídos, aún despiertos volvió el incesante “tac-tac”. ¿Cómo era posible que lo oyese desde su dormitorio? Su casa no era muy grande, pero aquel ruido tampoco era tan potente. Apretó aún más los párpados como si así pudiese conseguir dejar de oírlo.

Al poco el carrillón marcó las nueve y media. Notó cómo con cada nota se iba alterando un poco más. Deseaba que cesase y así poder dormirse. El retumbar de aquello consiguió acallar el molesto “tac-tac” durante un momento así que se dio la vuelta y se abrazó a la almohada.

Tac-tac-tac.

Casi podía sentir su corazón latiendo al ritmo de las agujas. A fin de cuentas, aquel órgano no era más que un reloj.

Un reloj de vida.

Las diez menos cuarto.

Agarró la almohada con fuerza sin comprender de dónde nacía aquel estado de nerviosismo. Deseaba que aquel reloj parase de una vez, pero no sabía cómo desconectarlo.

“No seas irracional” se recriminó mientras giraba nuevamente en la cama y volvía a cerrar los ojos. “Duérmete, duérmete”.

Su cuerpo no quería obedecer. Notaba cada músculo alerta, como si estuviese preparándose para algo. Se puso boca arriba y trató de respirar de forma pausada para intentar sosegarse.

El reloj marcó las diez.

Con cada campanada su corazón se iba acelerando como si estuviese realizando un ejercicio intenso. Retumbaba en su pecho provocándole una intensa angustia.

Sin dudarle más se puso en pie y cerró la puerta de su dormitorio. Deseaba dormir y aquel reloj no iba a impedirselo. Volvió a meterse en la cama feliz por haber acabado con eso.

Tac-tac-tac.

Se incorporó de golpe. No era posible que pudiese oír las agujas desde allí. Aquel maldito ruido se había colado en su cerebro y eso no le dejaba conciliar el sueño. Para acallararlo, empezó a tararear una canción. Parecía que empezaba a funcionar.

Las diez y cuarto.

A pesar de la puerta cerrada, el vacío de su casa amplificaba el ruido del carrillón.

Se mantuvo en la cama con los ojos abiertos, tratando de calmarse. Lo mejor era no obsesionarse. Se dormiría tarde o temprano.

Las diez y media.

¡Era imposible que ya hubiese pasado un cuarto de hora! ¿Por qué no podía dormirse? Sabía que necesitaba urgentemente conciliar el sueño, pero cada vez que creía rozarlo, aquel infernal carrillón marcaba un nuevo cuarto de hora.

Las once menos cuarto.

¿Cómo podía el tiempo pasar tan rápido? Sus manos cada vez agarraban la almohada con más fuerza provocando un agudo dolor en sus dedos. Cerró los ojos con auténtica angustia, deseando poder parar el tiempo de alguna forma.

Las once.

Comenzó a notar lágrimas recorriendo sus mejillas. “Esto es absurdo” pensó apretando los labios. No debía perder la calma. ¡Era solo un reloj! Todo estaba bien. Se dormiría en breve y al día siguiente lo habría olvidado todo.

Las once y cuarto.

Volvió a levantarse para buscar alguna forma de acabar con aquello. Se plantó frente al reloj y lo miró con ojos llorosos. Tenía que poder desconectarlo. No deseaba romperlo, pero tampoco iba a permitir perder una noche de sueño por aquella tontería.

Abrió la portezuela tras la cual estaba la esfera y sin más miramientos arrancó las agujas.

“Espero que esto sirva” pensó mientras volvía a cerrarlo y se daba la vuelta, camino a su habitación.

El carrillón marcó las once y media.

Desanduvo lo recorrido y abrió la puerta de abajo, la que daba acceso a las pesas y los péndulos. ¿Qué había dicho el operario? Algo de que si no levantaba las pesas, dejaría de sonar. Agarró una de las pesas doradas con forma cilíndrica y tiró de ella.

No consiguió moverla ni un poco.

Miró hacia la esfera con impotencia. Ahora ya no estaban las agujas para indicarle qué hora era. Probó con las otras tres pesas sin conseguir mejores resultados que con la primera.

El reloj marcó las doce menos cuarto.

—¡Maldita sea! ¡Deja de sonar! —gritó mientras lo golpeaba con los puños.

No obstante, el reloj tenía una base muy firme por lo que no logró ni siquiera que se balancease. Agarró de nuevo la pesa y tiró con auténtica desesperación, pero no lograba moverla. Hurgó por donde pudo. Toqueteó el péndulo e introdujo un dedo en el hueco que habían dejado las agujas buscando algo que le sirviese para desarmarlo.

Viendo que sus dedos eran demasiado cortos, probó suerte con un bolígrafo y tras retorcerlo y golpearlo, lo partió. Bufó con visible enfado.

El reloj marcó las doce.

Presa de la ira y de la impotencia, sacó la caja de herramientas del armario y de ella extrajo el martillo más grande. Sin pensarlo dos veces, lo descargó sobre el reloj de forma continuada hasta conseguir reducirlo a algo completamente irreparable.

Cuando terminó con aquella masacre dejó el martillo junto a los restos y volvió a su habitación.

Se tumbó en la cama, jadeando aún por el esfuerzo, y cerró los ojos, sabiendo que ahora sí conseguiría dormirse.

Y entonces oyó un reloj marcando las doce y cuarto.

El relato de un crimen

Isabel contempló el reloj que descansaba en la pared con gesto crítico.

Las temblorosas manecillas indicaban que ya eran las siete y media de la mañana. Las siete y media, y ella todavía no se había metido en la cama.

Se incorporó y recogió la copa de vino intacta que la noche anterior se había servido. Fue hacia la cocina y vació su contenido en el fregadero. Después cogió la ropa perfectamente colocada en la silla que había en el pasillo y se internó con ella en el baño.

Aquella noche no había dormido, como tantas otras noches, pero en esta ocasión había sido diferente. Normalmente se metía en la cama y dejaba que su mente volase hacia historias aun por narrar. Sin embargo, esta vez no se había sentido con ánimo suficiente para ir hasta su habitación y deslizarse dentro de las frías sábanas de algodón. Había permanecido en su estudio con los dedos en torno a un bolígrafo apoyada sobre un folio que seguía en blanco.

Cogió un cuaderno y un par de bolígrafos y los metió en la gastada cartera que llevaba usando desde que había escrito su primer manuscrito.

Después salió a la calle y se fue hacia el "Café Gijón", como todas las mañanas.

Ocupó una mesa pequeña, pegada a la ventana, y pidió un café al primer camarero que pasó por su lado. Luego extrajo el cuaderno de su cartera, lo abrió y apoyó la punta del bolígrafo en una de sus hojas.

El sol se reflejaba en los ojos de Javier mientras se ocultaba tras los edificios mostrando unos tonos rojizos y violetas en el cielo sin nubes.

Se mantuvo inmóvil como una estatua hasta que el último hilo de luz desapareció, dejando en su lugar una noche fría y sin luna. Después volvió al apartamento y se sentó frente al piano situado en un rincón sombrío de su amplio salón.

Deslizó los dedos sobre las teclas suavemente, como si fuesen de cristal mientras su mente vagaba y recordaba todo aquello que había sucedido apenas tres horas antes.

Él había salido de su casa con intención de visitar a Pablo Méndez, socio de su empresa desde hacía más de cinco años y amigo inseparable desde el instituto.

Prefirió ir andando ya que en ese momento no se había sentido especialmente atraído hacia la idea de ir hasta su garaje, coger su Mercedes y observar las miradas inquisitivas de la gente que se cruzaba en su camino. En realidad no le gustaba llamar la atención de nadie, pero no había sido capaz de resistir la tentación de gastar parte de su fortuna en aquella formidable máquina.

El día había sido especialmente frío, pero Javier detestaba ir abrigado. Siempre llevaba la gabardina desabrochada aunque debajo solo llevase una fina camisa. Se había puesto en macha con las manos enfundadas en los bolsillos y la cabeza levemente inclinada hacia delante, como si quisiese cortar el viento.

Caminó a buen ritmo, incluso algo más rápido de lo habitual. Aún recordaba cómo el aire le había golpeado como una maza helada y había agitado su gabardina desplegándola como si se tratase de las alas de un cuervo.

No había llamado a Pablo para comunicarle que iba a visitarle, no hacía falta. Ambos sabían casi con total exactitud donde se podía encontrar el otro en cualquier momento del día y Javier estaba seguro de que Pablo estaría en el apartamento que tenía en el barrio de Salamanca.

Tardó poco más de media hora en llegar al edificio donde se alojaba su amigo. El portal estaba abierto y Javier no se lo pensó dos veces a la hora de entrar. En su interior se había encontrado con el portero, quien le había saludado afablemente mientras fregaba el suelo de piedra blanca.

Javier se había dirigido al ascensor y había presionado el botón correspondiente. Casi al instante se había iniciado el ascenso. Al cabo de unos escasos veinte segundos el ascensor se detuvo y Javier se dirigió hacia la única

puerta que había en el corredor. Llamó al timbre y aguardó con la espalda apoyada en la pared.

Nadie abrió.

Javier había vuelto a llamar, algo extrañado. Hubiese jurado que Pablo estaría allí. Pegó la oreja a la puerta y escuchó con atención. Se oían pasos presurosos que correteaban por toda la casa. Entonces se apartó con el rostro crispado y llamó de forma más insistente.

Esta vez sí hubo respuesta. La puerta se abrió y el rostro pálido y risueño de Pablo apareció tras ella.

—Hola, Javier. ¿Qué haces aquí?

Aquel saludo no inquietó más al aludido que el gesto que tenía su socio. Tras su aparente gesto de tranquilidad, sus ojos trataban de esquivar su mirada.

—Me decidí a venir para tratar el problema que ha surgido con los cambios en los presupuestos.

Pablo había entrecerrado los ojos levemente, como si le costase entender a qué se refería su compañero. Después había asentido con una sonrisa.

—Sí, será mejor que lo solucionemos cuanto antes. ¿Te apetece tomar algo? —dijo extendiendo una mano hacia el lujoso mueble-bar situado cerca de la ventana.

—No, gracias —respondió Javier mientras se sentaba con parsimonia en el sofá de cuero.

Pablo iba a imitar su gesto cuando se oyó el timbre del portal. Sufrió un leve espasmo, pero supo reaccionar en seguida. Se dirigió hacia el telefonillo y descolgó.

—¿Sí? —inquirió mientras sus dedos jugueteaban con el cable—. Sí, ahora mismo bajo.

Colgó con un fuerte golpe y cogió su abrigo del perchero.

—Subo en seguida, ¿de acuerdo? No tardaré nada.

Y antes de que Javier pudiese responder, abandonó el apartamento. Una vez solo, el hombre no dudó nada a la hora de curiosear con el fin de averiguar qué estaba pasando. Hizo un esquema mental de todo lo que había ocurrido.

Pablo estaba muy alterado. Se notaba que no le agradaba la visita de Javier. Su invitación a beber algo no era más que un burdo intento de disimular su desasosiego y su prisa. Además, había recibido una visita. Debía tratarse de alguien extremadamente importante para él, ya que no había dudado en bajar a reunirse con esa persona. Sin embargo, también debía ser alguien cuya existencia no debía ser descubierta por Javier puesto que no se le había ocurrido invitarle a subir.

Javier temió que su socio se hubiese metido en problemas. Se asomó por la ventana, pero no vio a nadie en la calle. A continuación fue hacia la habitación contigua a la que él estaba. Allí Pablo tenía organizado su despacho.

En la mesa se apilaban docenas de papeles sin ningún tipo de orden aparente.

Javier ocupó la silla situada detrás del escritorio y comenzó a ojear los papeles. No halló nada de interés. Posteriormente comenzó a abrir los cajones y a hurgar en busca de algún indicio que le mostrase por qué su amigo estaba tan inquieto.

Lo más sencillo, sin duda, era preguntarle directamente si le ocurría algo, pero sabía que Pablo jamás le contaría nada, a menos que estuviese relacionado con la empresa. Esta actitud, aparentemente extraña, era una norma que su socio seguía desde que habían empezado a trabajar juntos. Pablo jamás mezclaba lo profesional con lo personal y, por consiguiente, no acostumbraba a contarle sus problemas a Javier a menos que se hubiesen reunido expresamente para ello.

Y este no era el caso.

Javier abrió el último cajón, convencido de que no iba a encontrar nada. Levantó una agenda negra y justo debajo halló un post-it con algo escrito. Lo extrajo y leyó las letras:

Lunes 16 a las 15:30

Contempló su reloj y descubrió que eran las cuatro menos veinticinco de la tarde. A continuación cogió la agenda y se dirigió hacia el día dieciséis para ver si había algo escrito. Efectivamente así era:

15:30 Visita del comprador.

¿Comprador? Javier se había mordido el labio inferior, indeciso. Si Pablo deseaba vender algo lo normal no era que se reuniese con el comprador a escondidas, a menos que deseara vender una cosa poco común. En otras circunstancias, Javier no se hubiese alarmado por aquello, pero Pablo trabajaba con él y no deseaba entregar parte del dominio de su empresa a una persona que mantuviese negocios peligrosos.

Cogió la agenda con intención de guardarla de nuevo, pero en ese instante cayó una hoja doblada. Javier la cogió y la desplegó. Mostraba una serie de nombres seguidos de cifras. No tardó mucho en darse cuenta de lo que era eso.

Ofertas.

Pablo había subastado algo y aquella hoja mostraba los precios que ofrecían los posibles compradores. Buscó la oferta más alta y vio que pertenecía a Ernesto Fernández, quien ofrecía sesenta millones de euros.

¿Qué podía tener Pablo que costase esa suma de dinero? Javier recapacitó en el nombre del comprador. Le sonaba de algo, pero no lograba recordar de qué. Movi6 la hoja entre sus dedos tratando de pensar. Abrió la agenda de nuevo y fue pasando las hojas en busca de aquel nombre.

Lo halló en una de las hojas en las que Pablo tenía apuntadas las visitas que iba a recibir. Según leyó la hora a la cual Ernesto Fernández tenía cita, Javier recordó quien era.

—¿Javier? —Pablo acababa de llegar.

El mencionado cerró de golpe la agenda, la dejó sobre la mesa y se recostó sobre el respaldo con los ojos abiertos desorbitadamente. Pablo no tardó en asomarse y descubrirle.

—¿Qué haces aquí? —preguntó visiblemente sorprendido.

—Antes de contestar a eso, te ruego que respondas tú a otra pregunta, ¿qué posees tú que cueste sesenta millones de euros y que le interese a un hombre como Ernesto Fernández?

Pablo apretó los labios sin saber muy bien qué responder.

—No tienes derecho a fisgar en mis cosas. Eso es asunto mío.

—¿De verdad? Vaya, entonces disculpa mi falta de educación — respondió Javier. No había tono de arrepentimiento en su voz—. El problema de todo esto es que nos conocemos, Pablo. Tú has hecho unos negocios importantes con una persona a la cual solo le interesa una cosa: mi empresa. Lo sabes, no lo niegues.

“El día en que Ernesto Fernández nos visitó fue realmente angustioso. Estuvo la hora y media que pasó con nosotros intentando convencerme de que le vendiese la empresa. Veo que tú has cedido.

—Pero... pero...

—Acabas de vender mi empresa, Pablo. ¿Te atreves a negarlo?

—No tienes pruebas... —susurró su socio.

Javier se incorporó súbitamente y de un fuerte manotazo tiró todos lo que había encima de la mesa. Miró a Pablo encolerizado.

—¡Has vendido mi empresa a Ernesto Fernández por sesenta millones de euros! A mis espaldas. Supongo que pensabas quedarte con todo el dinero, ¿me equivoco?

—Javier, por favor, cálmate.

—¡Maldito seas, Pablo!

Sin agregar nada más, Javier abrió uno de los cajones y extrajo un revólver. Apuntó con él a su socio y disparó sin más contemplaciones. El cuerpo inerte de su antiguo amigo se desplomó por el suelo como una losa de piedra. Un charco de sangre comenzó a formarse a su alrededor.

Javier contempló la escena con el rostro impasible. Limpió meticulosamente el arma y la volvió a guardar en el cajón. Agradeció que aquel edificio apenas estuviese ocupado y que el portero se hubiese ido antes de lo sucedido puesto que él tendría más posibilidades de huir. Más adelante podía alegar que había encontrado muerto a Pablo. Con suerte incluso podría acusar a Ernesto Fernández.

Sin embargo no había hecho nada de eso. Se había quedado en su casa.

Había contemplado la puesta de sol y luego se había sentado frente al piano para reflexionar acerca de lo ocurrido. Ahora estaba amaneciendo.

Javier se puso en pie. Se cambió de ropa y salió a la calle que se desperezaba bajo las primeras luces de la mañana. Anduvo tranquilamente hasta el "Café Gijón". Necesitaba un café bien cargado y aquel sitio le pareció perfecto para evadirse un rato de lo sucedido la tarde anterior.

Entró en el establecimiento y oteó a su alrededor. De pronto se topó con unos ojos inquisitivos que le observaban desde una mesa pegada a la ventana.

Los ojos pertenecían a una mujer que parecía estar escribiendo.

Javier se sintió vulnerable ante aquella mirada. Esa mujer no podía saber lo ocurrido, sin embargo le miraba muy fijamente con los ojos abiertos de par en par, como si no pudiera creerse lo que estaba viendo. Esa mirada fue más familiar para él de lo que hubiese podido imaginar y a la vez le hizo sentirse frágil e inseguro. Tenía la certeza de que aquella mujer sabía de sobra lo que él había hecho.

Aunque no le pareció la idea más acertada, Javier se acercó a ella con paso lento y vacilante, tomó la primera hoja que ella había escrito y leyó su contenido:

El sol se reflejaba en los ojos de Javier mientras se ocultaba tras los edificios mostrando unos tonos rojizos y violetas en el cielo sin nubes.

Una tarde con Cervantes

—Hola, Raúl.

—Hola, Cervan, ya creí que no venías.

—Siempre igual. ¿Alguna vez he faltado a nuestra cita?

Raúl sonrió.

—Nunca, es verdad, pero tu impuntualidad siempre me pone nervioso.

—No importa cuánto tarde, Raúl. Siempre vendré y lo sabes. Bueno, ¿y qué tal te van las cosas?

—Como siempre, más o menos. Mi familia vino a visitarme ayer.

—Nunca les he gustado, demasiado.

—No te comprenden, Cervan. Tu carácter a veces es un poco difícil.

—Sabes que siempre me he esforzado en ser amable con ellos, pero me rechazan.

—Soy yo quien escojo a mis amistades y ellos no tienen que inmiscuirse.

—¿Qué tal están?

—Bien. Mi sobrina, Esther, va a empezar este año la carrera de Periodismo.

—Siempre ha sido buena estudiante, ¿verdad?

—Sí, la mejor de su clase sin duda —Raúl sonrió, recordando con cariño a su sobrina.

—¿Y el hermano pequeño?

—¿Ignacio? Es un desastre. Creo que tendrá que repetir curso otra vez.

—¿Y qué dicen sus padres?

—Para mí que ya han desistido en su empeño de que saque adelante sus estudios.

—Es decir, que aceptan que se convierta en uno más de esos jóvenes que ni estudian, ni trabajan, ni hacen nada con sus vidas.

—Supongo. El chico no es malo, pero no le gusta estudiar y se junta con mañas compañías.

—La historia de siempre... —Cervantes chasqueó la lengua.

—Ahora que lo pienso, tú nunca me hablas de tu familia, Cervan.

El aludido se encogió de hombros.

—¿Qué quieres que te cuente? Ninguno de ellos vive ya. Si no fuese por ti estaría completamente solo.

—Quizá deberías intentar relacionarte un poco más.

—Sabes que eso es imposible para mí. Con los únicos con los que puedo hablar son con tus familiares y ellos me odian.

—Te parecerá extraño, pero a veces creo que a mí tampoco me aprecian demasiado. Tengo la sensación de que me visitan por obligación. Hace años venían todos, incluyendo los niños, pero poco a poco dejaron de venir y ahora solo me visitan mi hermana y su marido. Me alegra verlos y hablar con ellos, pero siempre parece que tienen prisa y que aguardan con impaciencia el momento de marcharse.

—Eso es porque eres mi amigo. La sociedad me rechaza, Raúl —el tono de Cervantes estaba cargado de amargura.

Raúl sintió una gran pena por su amigo al que nadie, excepto él, comprendía.

—Ya sabes por qué es... —susurró.

—¡Lo sé! —exclamó Cervantes—. Pero también tengo derecho a que se me perdone.

—No te exaltes. Estoy seguro de que si te conociesen como yo, te perdonarían.

—Es horrible vivir y ver en los demás el desprecio pintado en los ojos cada vez que me miran. Y el miedo... Creen que puedo hacerles daño.

—Vivimos en una sociedad que no perdona.

—Lo que hice fue horrible, Raúl, y no hay día en que no me arrepienta por ello. Casi pienso que es justo que se me odie. Es lo que merezco.

—No digas eso, Cervan. Eres mi mejor amigo, mi confidente, y te digo que sé que eres una buena persona y que no serías capaz de volver a hacer algo así.

—¿De verdad? ¿Y cómo estás tan seguro? Si lo hice una vez puedo volver a hacerlo. Basta con que se dé aquella situación de nuevo.

—Pero no se volverá a dar.

—Eso no podemos saberlo. Vivimos rodeados de personas que son candidatas perfectas a sufrir por mi culpa. A veces tengo miedo de mí mismo, Raúl.

—No te preocupes. Yo no te dejaré solo y evitaré que vuelvas a hacer algo así.

—¿Cómo? La anterior vez no pudiste detenerme. Nadie pudo... Recuerdo cada segundo de ese momento como si hubiese ocurrido todo muy lentamente.

—No debes seguir recordando...

—¡Necesito hablar de ello, Raúl! —lo interrumpió Cervantes con brusquedad—. Necesito sacar estos demonios. Sigo oyendo los gritos y oliendo el humo y después... silencio. Un silencio peor que los alaridos de dolor. Un silencio de muerte. Ahora que lo pienso, tu familia hace bien en odiarme. Y tú deberías hacer lo mismo si supieras lo que te conviene.

—No puedo odiarte, Cervan. Eres mi mejor amigo. A veces siento que eres como una parte de mí. Nuestras personalidades son muy distintas y, sin embargo, me gusta tu forma de ser y muchas veces desearía parecerme a ti un poco más para tener más carácter y más fuerza.

—Tú eres la bondad y la amabilidad, Raúl, y no deberías desear cambiar eso. Eres una gran persona. Si quieres carácter y fuerza, no te preocupes. Permaneceré a tu lado para prestarte un poco de la mía.

Raúl rió por sus palabras.

—¿Sabes una cosa? No dejo de pensar en lo mucho que me gustaría viajar.

—¿Viajar? —preguntó Cervantes.

—Sí, por Europa. ¿A ti no te gustaría?

—Claro que sí, pero, ¿qué posibilidad tenemos de hacerlo?

—Ninguna, es cierto, pero me gustaría tanto...

En ese momento llamaron a la puerta.

—¡Adelante!- respondieron los dos a la vez.

La puerta se abrió y por ella entró una mujer sonriente vestida de blanco que llevaba algo en la mano. A su lado estaba un hombre bastante fornido que llevaba ropa de idéntico color.

—Es la hora, Raúl —dijo la mujer, con un tono de voz muy suave.

Alargó hacia él lo que llevaba en la mano y aguardó hasta que Raúl se lo tomó.

—¿Qué tal te encuentras hoy?

—Bien, aunque estaba bastante aburrido hasta que vino Cervantes.

La expresión de la mujer varió de forma casi imperceptible, pero mantuvo su sonrisa.

—Muy bien. Hasta luego, Raúl.

Se dio la vuelta y salió de la sala.

Raúl entonces se levantó y se fue a un rincón de su habitación. Se sentó en el suelo y apoyó la cabeza en la pared con la mirada perdida. Allí permaneció acurrucado, esperando pacientemente las horas que faltaban hasta que Cervantes volviese.

En la oscuridad... su voz

Escuchaba el bullicio a su alrededor sin prestarle demasiada atención.

Estaba acostumbrado a tener que pasar allí cada tarde. Sus padres decían que era lo mejor para él, que así aprendería a valerse por sí mismo a pesar de su reciente discapacidad. Él odiaba aquel sitio con todas sus fuerzas. No quería “aprender” a vivir así. Suficiente desgracia era ya sin la necesidad de recordarlo continuamente.

Por encima del jaleo que inundaba la sala oyó la voz de Magda, la maestra, que hablaba con sus padres procurando sonar optimista.

—Es temprano —decía cada vez que sus padres le comentaban lo preocupados que estaban—. Marcos necesita aceptar lo que le ha ocurrido y eso requiere tiempo, pero estoy segura de que se integrará.

Era una ilusa. Él no pensaba integrarse con nadie. Solo quería recuperar la normalidad que había caracterizado a su vida antes del accidente que se había cobrado la vida de ocho de sus compañeros de clase, incluyendo la de su mejor amigo, Fran. Aquello era imposible, lo sabía y por eso solo deseaba que lo dejaran tranquilo.

Todos decían que había sido muy afortunado por haber sobrevivido. Aún recordaba oír a su médico jactándose de lo bien que lo había tratado. Se creía un héroe por haberle hecho sanar de sus heridas y fracturas aunque no había conseguido que Marcos recuperase lo que más le importaba.

La vista.

Al poco rato notó que lo acariciaban en la mejilla. Se apartó con brusquedad como acto reflejo. El no poder ver hacía que detestase cada vez más que lo tocasen porque no podía saber cuándo iban a hacerlo.

—Cariño, soy yo —dijo su madre.

Su tono de voz había cambiado a raíz del accidente. Ahora siempre sonaba como si tuviese los ojos llenos de lágrimas. Él sabía que lloraba a

menudo, pero no era capaz de sentir compasión por ella cuando él mismo no encontraba motivos para que la vida mereciese la pena.

—Tu padre y yo nos vamos. Vendremos a buscarte a las ocho.

Marcos asintió. Realmente no culpaba a sus padres por tratar de ayudarlo de aquella forma, pero su rechazo hacia aquel lugar le hacía volverse arisco con ellos.

Su madre lo besó, arrancándole otro espasmo de sorpresa. La oyó alejarse y volvió a girar la cabeza hacia donde sabía que estaba la ventana. A veces imaginaba que era capaz de ver lo que había más allá de aquellos cristales y que en la calle lo esperaba Fran con un videojuego nuevo en la mano, animándole a irse con él.

El ruido crecía a su alrededor. Deseó gritarles a los demás que se callasen, pero ellos no tenían la culpa de que por su falta de visión, sus demás sentidos se agudizasen cada vez más.

De pronto oyó unos pasos ligeros; alguien se estaba acercando. No era Magda, cuyos tacones la delataban según entraba por la puerta. Tampoco eran sus padres. Marcos esperaba que quienquiera que fuese lo ignorase y se dirigiese a otro sitio.

—¡Hola! Me llamo Daniela —oyó la voz de una chica.

Sus plegarias no habían obtenido respuesta. Él ni siquiera se molestó en girar la cabeza en su dirección. ¿Para qué? No podía verla.

—No me apetece hablar —dijo con más sequedad de la que pretendía—. Déjame tranquilo.

—Te llamas Marcos, ¿verdad?

Suspiró con frustración.

—Si ya lo sabes, ¿para qué me preguntas?

—Yo soy...

—Daniela —la interrumpió él—. Ya lo has dicho.

La oyó reír suavemente. Desde luego, aquella chica no captaba el mensaje.

—Me han dicho que eres ciego —le soltó de golpe.

Estaba claro que carecía de delicadeza, pero Marcos lo agradeció. A él tampoco le gustaba andarse con rodeos.

—Mira, no sé si eres nueva, pero no me interesa hablar. Así que ve a invertir tu tiempo en algo más útil.

—No soy nueva, soy voluntaria.

—En ese caso seguro que hay mucho ancianitos esperando por tu ayuda. Yo no te necesito.

—No cuido ancianos; me dedico a leer para gente como tú.

—No quiero que me lean, no tengo tres años.

—¿No te gustan los libros?

—Sí... me gustaban.

—En ese caso, ¿por qué no aprendes a leer en braille?

—Porque no me da la gana —esperaba haber sido suficientemente contundente.

Aguardó a que la chica se fuese, pero parecía que aún quería probar más de su mal genio.

—¿Cuál fue el último libro que leíste?

—¿Por qué no me dejas en paz?

—Porque no me da la gana —le respondió ella.

Marcos volvió a suspirar, sin decir nada.

—Venga, dime cuál fue el último...

—Si te lo digo, ¿me dejarás en paz? —la cortó él.

—Puedes intentarlo, a ver qué pasa.

No sabía qué más podía hacer para que lo dejase tranquilo sin necesidad de empezar a gritar o de levantarse para empezar a tropezar por toda la habitación.

—*El cazador y el tigre* —dijo al fin.

—¡Lo he leído! —exclamó ella—. Es uno de mis libros preferidos.

“Y el mío” pensó Marcos, aunque se abstuvo de comentarlo en voz alta.

—¿Sabes que han sacado la segunda parte? Se titula *El amuleto del chamán*. Lo compré según llegó a librerías.

Siguió sin hablar.

—Podría leértelo. Yo ya lo he leído dos veces. Te va a encantar.

—Te he dicho que no quiero que me lean nada.

—¿Te ves capaz de vivir sin saber que le ocurre a William cuando llega a la zona prohibida?

Marcos recordó que el primer libro terminaba cuando William, el cazador, perseguía al tigre hasta llegar a la zona prohibida, el lugar del que ningún ser humano había salido jamás con vida

—Creo que la vida no depende de lo que pasa en un libro. Hay cosas mucho más importantes.

—Tienes razón, pero dado que pasas aquí cuatro horas al día sin hacer nada, ¿se te ocurre algo mejor en lo que invertir el tiempo?

—¿Qué sacas tú de esto? Me refiero a ¿por qué intentas relacionarte conmigo? En este centro hay mucha gente que no puede ver y que seguro que querrá tener a una niña leyendo para ellos.

—Seguro que quieren algo así, pero no lo necesitan porque tienen algo de lo que tú careces.

—¿Ah sí? —preguntó él con sorna.

—Sí, ellos tienen valor.

—Si te atreves a llamarme cobarde ya puedes desaparecer ahora mismo de mi vista.

—No puedes ver —se burló ella.

Marcos apretó los puños.

—No eres quién para decirme que no tengo valor. ¡Tú no me conoces! Vienes aquí creyéndote una santa porque ayudas a pobres chavales invidentes y no tienes ni idea de por lo que la mayoría está pasando. No respetas nada. Te he dicho varias veces que me dejes tranquilo y sigues insistiendo. ¿Por qué lo haces? ¿Te sientes mejor así?

Había ido alzando la voz a medida que hablaba. Ahora el silencio se había hecho en la sala. Marcos estaba seguro de que todos los presentes habían escuchado sus palabras.

—¿Qué tendría de malo hacer esto porque me hace sentir bien? —le preguntó entonces Daniela—. Es importante estar en paz con uno mismo y saber quererse.

—Pues yo no me quiero, ¿me oyes? Me desprecio y no quiero que nadie esté conmigo. ¡Sólo quiero que me dejen en paz!

Daniela calló y él esperó que hubiese entrado en razón y que se fuese, pero lo que ocurrió lo dejó perplejo.

Ella empezó a leer.

—Por favor, Daniela —intentó moderar el tono de voz para convencerla—. Por favor, déjame en paz.

Sin prestarle la más mínima atención, la chica siguió leyendo.

—¡Por favor! —insistió él sin conseguir en ella el más mínimo efecto.

Con un gruñido se levantó dispuesto a alejarse.

—Yo no lo haría —dijo entonces Daniela—. Acabarás cayéndote o tropezando con alguien.

Marcos ignoró su advertencia y trató de encontrar la salida. Se había negado desde el principio a usar bastón y normalmente sus padres lo ayudaban cuando salía a la calle. En su casa no tenía problema porque se sabía de memoria dónde estaba cada cosa.

Como si las palabras de Daniela hubiesen sido premonitorias, a los dos pasos tropezó con una mesa baja y cayó al suelo.

—Ya has visto que yo tenía razón así que, ¿por qué no vuelves aquí?

—¿Por qué no me echas una mano? —la recriminó él.

—Antes has dicho que no necesitas a nadie. Demuéstralo.

Marcos odiaba a aquella chica con todas sus fuerzas. Tanteó en busca del borde de la mesa con la que había tropezado y logró ponerse en pie. Desanduvo lo recorrido y volvió a su ya conocido sofá. Según se sentó, Daniela siguió leyendo como si nada hubiese ocurrido.

El chico optó por ignorarla y permaneció mirando su ventana imaginaria como si nadie estuviese con él.

Intentó abstraerse de lo que ella iba diciendo, pero sus oídos agudizados no dejaban de captar una tras otra todas las palabras que contenía aquel libro. La historia parecía interesante, era sobre una chica capaz de ver el futuro de la gente a la que tocaba.

A su pesar debía admitir que Daniela sabía darle la entonación adecuada. Poco a poco consiguió engancharlo hasta que dieron las ocho y sus padres fueron a recogerlo.

Sin despedirse siquiera se fue con ellos. Aquella noche y por primera vez desde el accidente, no tuvo pesadillas.

Al día siguiente, se repitió el proceso. Daniela se fue con él según llegó y continuó leyendo el libro. Ni siquiera lo saludó. Aquella rutina continuó durante una semana entera, hasta que la chica guardó silencio por primera vez.

—¿Por qué has parado? —le preguntó Marcos olvidándose de pronto de que odiaba la presencia de aquella chica.

—Así que me estabas escuchando.

—No tenía muchas opciones, ¿no crees?

—He parado porque ya se ha terminado el libro. ¿Qué te ha parecido?

—No es *El cazador y el tigre*, pero no está mal.

—Voy a leer otro.

—Déjalo. Ha estado bien, pero ya basta.

—No te lo estaba preguntando ni te pedía permiso. Solo te informaba de ello.

Y, sin más, abrió un nuevo libro y empezó a construir otra historia con su voz. Marcos no sabía cómo, pero oyéndola era capaz de recrear en su mente todo lo que ocurría. Aunque jamás lo admitiría, le encantaba poder “ver” algo que, de alguna forma, estaba pasando en aquel instante.

Daniela lo estaba transformando poco a poco. Ahora no se comportaba de forma tan desagradable con sus padres. Incluso había empezado a saludar a Magda cuando llegaba al centro por las tardes. Aquella chica con su cabezonería y su falta de tacto había hecho más por él que cualquiera de los “expertos” que lo habían tratado.

Cuando terminó aquel libro, empezó otro y después, otro más. Cada historia superaba a la anterior y conseguía que Marcos se sintiese un poco más vivo. Le gustó especialmente el día en el que empezó a leerle la segunda parte de *El cazador y el tigre*. Sin duda iba a ser mejor que su predecesora.

Un día en el que Daniela paró para beber un poco de agua, él le preguntó:

—¿Sabes cómo me quedé ciego?

La chica tardó en responder lo que a él le pareció una eternidad.

—Tuviste un accidente.

—Pero, ¿sabes cómo fue?

—No.

—El instituto nos llevó a una excursión a la sierra. Al volver, el autocar se salió de la carretera y se precipitó por un barranco. Se produjo un gran incendio. Los compañeros que no habían perdido la consciencia trataban de escapar. Yo me quedé para buscar a mi mejor amigo, Fran. Las llamas avanzaban y el aire estaba lleno de humo, no podía respirar. Aún así, lo busque por todos los medios.

“Veía a amigos míos sin saber si seguían con vida. Me había roto una pierna y tenía que arrástrame por el suelo. Cada vez veía peor. Me escocían los ojos y no dejaba de toser. Al poco noté que alguien me sacaba de allí. Forcejeé porque aún no había encontrado a Fran, pero fue inútil. Me llevaron al hospital e hicieron todo lo que pudieron pero nunca volví a abrir los ojos.

“Me dijeron que el humo del incendio contenía productos muy tóxicos que me hicieron perder la vista. Más tarde supe que Fran no lo había conseguido.

Sin quererlo, una lágrima se deslizó por su mejilla. Se la secó con brusquedad, esperando que Daniela no la hubiese visto.

—Fuiste muy valiente, Marcos —dijo ella.

—Pero no sirvió de nada. No pude salvarlo.

Más lágrimas amenazaban con salir y él veía que no era capaz de contenerlas. Cuando decidió volver a intentar recorrer aquella sala para que

Daniela no lo viese así, la chica se le acercó y lo abrazó con fuerza. Él permaneció quieto, no quería su compasión. Esperó a que lo soltara, pero no lo hizo. Mantuvo aquel abrazo hasta que Marcos se rindió y hundió la cabeza en su hombro para llorar.

—¿Era esto lo que querías? —le preguntó entre lágrimas—. ¿Verme vulnerable?

—Nunca he pretendido herirte. Sólo deseo proporcionarte algún bien, por pequeño que sea.

No dijeron nada más aquella tarde. Cuando sus padres fueron a buscarlo, él dijo su primer “hasta luego” desde que se habían conocido.

Al día siguiente fue al centro sintiéndose mejor, como si se hubiese quitado un gran peso de encima. Ocupó el sofá y aguardó la voz de Daniela esculpiendo *El amuleto del chamán* como lo había hecho los días anteriores.

Espero durante al menos una hora sin que la chica apareciese. Se empezó a impacientarse, pero decidió esperar un poco más. Al rato, Magda y sus zapatos de tacón se acercaron a él.

—Hola, Marcos. Hoy no va a venir Daniela.

—¿Vendrá mañana? —preguntó él.

—No lo creo. Ha vuelto a su casa, con sus padres. Sólo estaba aquí de vacaciones.

—¿Vacaciones? ¿No era voluntaria?

—Así es. Vino aquí a hacer turismo con su familia, pero prefirió venir a este centro a leer.

—Entonces, ¿no va a volver?

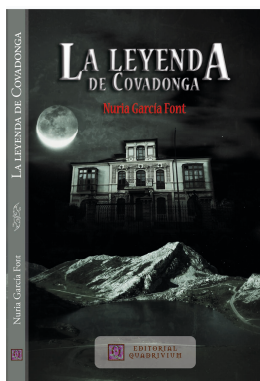
—No, Marcos, lo siento. Me dio una cosa para ti. Me dijo que este era el libro que te estaba leyendo y que sentía no haber tenido tiempo para terminarlo.

Magda dejó el libro en su regazo y se alejó. Él lo abrió y deslizó los dedos sobre la página, con nostalgia. Le conmovía el hecho de que Daniela hubiese preferido dedicar sus vacaciones a ayudar a los demás antes que a visitar la ciudad. Le apenaba mucho la idea de no volver a verla.

Mientras paseaba las yemas de los dedos por las páginas, sintió algo extraño. Repitió el proceso y comprendió de qué se trataba.

El libro estaba escrito en braille.

Otras novelas de la autora:



Título: *La leyenda de Covadonga*

Editorial: Quadrivium

Sinopsis: Dice con atino Byington que “Si la psique fuera pájaro, sus alas serían la imaginación”. Ciertamente es necesario estar proveído de una considerable imaginación para acometer los más diversos actos creativos, entre ellos la creación literaria. Ingenio, astucia, genialidad son calificativos que se dan cita en el acto literario. Bien provisto está de ellos la autora de “La leyenda de Covadonga” para tejer esta historia que mantiene la atención y el vilo del lector a lo largo de sus páginas. Desde los inicios en que la anodina vida de la joven Navia se ve sacudida por la presencia de un familiar que creía desaparecido y que debuta en la escena de la mano de un enigmático regalo con un mensaje secreto. Desvelar este mensaje sumen a la protagonista y Carlos, su compañero, en una maraña de pistas que la autora desgrana página a página con eficaz ingenio. Paulatinamente -Nuria sabe sostener con eficacia la atención-, conduce al lector al descubrimiento de un misterio que será la aldaba que abra la puerta a uno de los secretos mejor guardados del territorio Astur, y que precipita un inesperado final de la novela.

De lectura ágil, con un lenguaje claro Nuria García Font nos deleita con esta historia llena de enigmas y secretos que mantienen la atención del lector desde ya las primeras páginas tanto al lector juvenil como al ya experimentado.

Biografía:



Nuria García Font nació en Madrid en 1990. Desde pequeña mostró una viva imaginación y gran afición por la literatura. Comenzó a escribir a los nueve años y terminó su primera novela a los doce. Combina su afición por la literatura con los estudios en Farmacia. La leyenda de Covadonga, novela que empezó a escribir a los catorce años, ha sido su primera obra publicada.

Para saber más: www.nuriagarciafont.es